

manera de los tornos donde fabrican la seda; y no sin propiedad y sí con sobrada malicia inventaron tal artificio, pues es una verdadera y bien concertada máquina donde traman y urden el modo de engañar y corromper a las jóvenes inocentes.⁷

El moderno siglo XIX, como clamaban los contemporáneos, ya no era víctima de las censuras inquisitoriales que tan sólo décadas atrás prohibieron ciertos bailes. A pesar de las admoniciones el vals se difundió en salones mexicanos de todas las clases sociales con un éxito inigualado. Encontramos infinidad de ellos en álbumes de la época, ya breves, una página, o de hasta siete páginas, la gran mayoría para piano. Los compositores son lo mismo mexicanos que extranjeros y valeses que estaban causando furor en Europa, como los famosísimos de Strauss, fueron impresos en México de forma “pirata”. No es casual que el afamado maestro de danza Domingo Ibarra abra su manual de enseñanza de baile con las instrucciones para bailar vals, incluyendo una introducción en la que traza la historia de dicha danza y su evolución aunque, por cierto, ubica sus orígenes en Inglaterra. Ibarra se cuida bien de enfatizar que el vals debe bailarse siempre con propiedad y decencia y provee detalladas instrucciones con el fin de que el caballero manipule a la dama de modo tal que proteja su fama. Las improbables instrucciones que da Ibarra, son las siguientes: “La manera con que el señor debe llevar a su compañera en este baile será la más recatada, procurando no ceñirle el talle con todo el brazo, ni tocar los pliegues del vestido; que el cuerpo de uno y otro estén separados lo más que se pueda y con naturalidad, teniendo presente que una flor cuando la tocan se marchita.”⁸

⁷ Gabriel Saldívar, *Historia de la música en México*, Secretaría de Educación Pública / Publicaciones del Departamento de Bellas Artes, México, 1934, p. 179.

⁸ Domingo Ibarra, *Colección de bailes de sala y método para aprenderlos sin auxilio de maestro*, Tipografía de Nabor Chávez, México, 1860, p. 15.